

Introducción

Los vascos, como tantos otros pueblos, tuvieron que aprender a manejarse con el mar, a conocerlo y a hacer tratos arriesgados con él. Desde los habitantes prehistóricos, que descifraron las respiraciones del océano y aprovechaban las mareas bajas para recolectar marisco, hasta los marinos que se embarcaron en las prodigiosas expediciones a Terranova, cientos de generaciones se empeñaron en dominar las aguas.



Avanzamos sobre el monte Ulia. Al fondo, la silueta del Faro de La Plata.

El hombre de Jaizkibel, hace 8.000 años, ya se aventuraba un par de kilómetros mar adentro para pescar. Sus descendientes siguieron explorando la costa: las calas, los peñascos, las corrientes, los oleajes. Los romanos establecieron rutas regulares por el litoral, industrias de salazón y un gran puerto como el de Oiasso (hoy Irun). De los normandos se copiaron algunas técnicas navales.

En ese empeño de siglos los vascos aprendieron a trazar caminos sobre el océano, y todos los saberes cuajaron en la época de los grandes descubrimientos: de este pequeño tramo de costa salían los mejores barcos y los mejores hombres a cazar ballenas, a pescar bacalao, a traer galeones cargados de cacao y tabaco, a la rapiña de las conquistas y las guerras, a lanzar expediciones corsarias para defender los botines propios y atacar los ajenos. Siglos más tarde, los mismos puertos vieron

zarpar la miseria de los emigrantes y la riqueza del hierro. En definitiva, el mar fue la puerta de los vascos para salir al mundo. Y la costa, esa línea de 225 kilómetros, era el umbral desde el que oteaban un horizonte plagado de promesas y amenazas.

Caminaremos durante trece jornadas por ese umbral, desde la desembocadura del río Arturri hasta el promontorio rocoso de Cobaron. La ruta merecería la pena ya sólo por los paisajes: marcharemos por el borde de acantilados y a través de arenales, bordearemos bahías amplias y calas recoletas, contemplaremos islotes, recorreremos cabos y atravesaremos estuarios. Conoceremos las pocas joyas naturales que han resistido la intervención humana: sistemas de dunas, bosquetes litorales, humedales en los que reposan aves migratorias, calas vírgenes pobladas de aves marítimas, peces, moluscos y crustáceos, o acantilados cuyas capas pétreas registran algunos de los acontecimientos más importantes de la historia de nuestro planeta.

Además del escenario natural, este viaje permite seguir el rastro de la aventura marítima vasca. Es fácil evocar el pasado en los puertos históricos, los museos navales, las atalayas balleneras y los viejos cargaderos de mineral, pero también sentiremos el pulso muy vivo de los ajetreos actuales: grandes puertos como los de Pasaia o Bilbao, que registran tráficos muy intensos de mercancías, o puertos como los de Donibane Lohizune, Hondarribia, Zumaia, Mutriku, Ondarroa, Elantxobe, Bermeo y tantos otros que se afanan con la pesca, los astilleros y las fábricas de conservas.

La ruta al borde del mar

En la costa también se mantienen algunos oficios tradicionales de tierra –la pequeña ganadería, la agricultura de huertas, maizales y vides–, como veremos en los barrios rurales y en los caseríos desperdigados que cruza el itinerario; y las explotaciones forestales han forrado el paisaje con grandes extensiones de pino y eucalipto.

Pero las actividades más pujantes de hoy en día siguen ligadas al mar como espacio de ocio y turismo: abundan los puertos deportivos, las playas turísticas y las mecas para surfistas, que han contribuido a la efervescencia de localidades como Angelu, Biarritz, Donostia, Zarautz, Mundaka... En el último par de siglos muchas personas adineradas han invertido fortunas para asegurarse un pedazo de este paisaje tan atractivo. La costa vasca está punteada por castillos de aristócratas, palacios señoriales, mansiones construidas por la alta burguesía, hoteles y casinos.

De una u otra forma, toda esta prosperidad la ha traído el mar. Pero el mar, no lo olvidemos, también es amenaza. Por eso existe otro tipo



La abrupta formación de Jaizkibel, un paraíso salvaje en la costa vasca.

de arquitectura en esta ruta que no se levanta para asomarse al océano sino para defenderse de él. Hablamos de diques y espigones, de fortalezas militares, cañones ya oxidados y búnkers temerosos de un invasor marítimo, pero también de las frecuentes defensas espirituales: ermitas consagradas a santos protectores, altares de vírgenes que velan por los marineros, cruces rebozadas de líquenes que se encaran con los oleajes. Porque el mar se comporta a menudo como una bestia diabólica que arrebató vidas a zarpazos; y cuando las técnicas y las habilidades no bastaban para escapar, los hombres y las mujeres del litoral buscaban también la ayuda divina...

El bagaje y los pertrechos están ya listos para emprender el viaje. El ánimo, encendido. Iniciamos, decididos a ofrecer novedosas propuestas y a documentarlas con vivencias, un periplo a pie que nos permitirá mostrar la riqueza natural y los contrastes de nuestro territorio costero; y que servirá para rememorar las aventuras y desventuras de nuestros antepasados entre la tierra y el mar.

Un contraste de paisajes

El diseño de esta ruta parece sencillo: basta con seguir la silueta costera, esa línea del frente que han establecido la tierra y el mar en su batalla, con sus cabos, bahías, penínsulas, rías y playas. El itinerario viene dictado por el perfil litoral. Sin embargo, en algunos tramos resulta bastante difícil caminar por ese borde. La costa vasca es muy

abrupta y a menudo el camino debe esquivar zonas de acantilados, laderas cubiertas por la maleza o calas rocosas que sólo permiten el paso durante la marea baja y con muchas precauciones. Por tanto, el trazado se arrima al océano siempre que puede –con algunos tramos verdaderamente espectaculares– pero tampoco desdeña ciertos rodeos interiores, que además ofrecen un contraste de paisajes. Porque no toda la vida costera es vida marina: también conoceremos caseríos y barrios rurales, atravesaremos bosques, subiremos montañas.

El viaje transcurre por caminos sencillos y claros. En muchos tramos obedeceremos las señales de pintura blanca y roja de algún GR (“gran recorrido”: la vuelta a Gipuzkoa, la vuelta a Bizkaia, la vuelta a Urdaibai...) o las blancas y amarillas de algún PR (“pequeño recorrido”: itinerarios más modestos por los pueblos o las comarcas). También seguiremos los postes del Sendero Litoral de Lapurdi o las marcas del Club Vasco de Camping en Jaizkibel y Ulia, incluso las flechas amarillas del Camino de Santiago costero en unos pocos trechos.

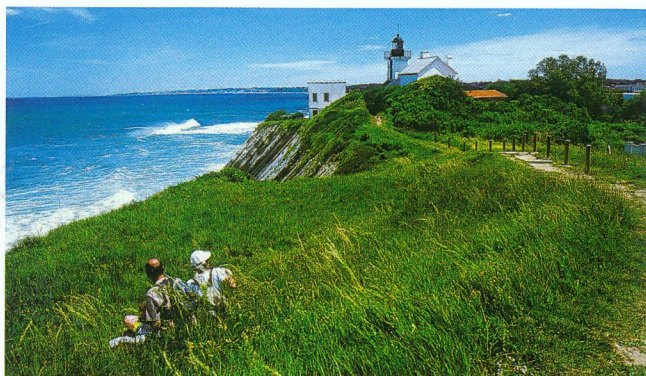
Todo esto significa que casi siempre tendremos pistas o senderos bien balizados, en los que resulta cómodo caminar y orientarse. Y se reducen al mínimo los tramos por carretera, para ganar en tranquilidad. Algunas etapas sí que se internan por terrenos un poco más complicados (entre acantilados y calas salvajes), porque es la única manera de conocer algunos de los parajes más atractivos de la costa, pero son muy pocos casos y en todos ellos se ofrece una variante más sencilla por el interior, de manera que el caminante pueda escoger.

La ruta, por tanto, no presenta dificultades técnicas que puedan desanimar a nadie. En cuanto a la resistencia física, tampoco hace falta ser un atleta o un montañero consumado para completar la ruta. Evidentemente, ayuda tener un poco de fondo y una cierta costumbre de caminar durante varias horas. Algunas etapas resultan exigentes, por la longitud y la acumulación de desniveles, pero casi todas pueden dividirse en función de los planes de cada caminante, que puede acortar la etapa y terminarla en un punto anterior. También puede, por supuesto, prolongarla y enriquecerla a su gusto, bajando a las calas y las playas o subiendo a las montañas que quedan junto al camino.

Nosotros proponemos un recorrido de este a oeste, dividido en trece etapas (dos discurren por Lapurdi, cuatro y media por Gipuzkoa, y seis y media por Bizkaia). Los tiempos calculados para cada etapa son meras aproximaciones y no tienen en cuenta los descansos, por lo que cada caminante debe añadir ese tiempo extra en sus cálculos.



ETAPA 2. Donibane Lohizune - Hondarribia



El viento acaricia la orilla herbosa de la costa de Zokoia.

Desde el puerto de Donibane Lohizune, refugiado en la desembocadura del río Urdazuri, cruzamos el puente para entrar en Ziburu. En su origen era el barrio de los pescadores, no más que un racimo de casas humildes frente a las mansiones burguesas de Donibane. Hoy muestra construcciones más vistosas, como la casa natal del compositor Maurice Ravel. Caminamos por la orilla de la bahía hasta Zokoia. Merece la pena acercarse al fuerte, un torreón defensivo del siglo xvii en cuyo regazo amarraban hasta cincuenta barcos balleneros.

En el faro de Zokoia comienza un tramo espectacular: el sendero vuela por una cornisa de losas pulidas que se hunden en el mar, en un choque de olas contra rocas. Un poco antes de Hendaia pasamos cerca de las formas caprichosas del castillo de Abbadía, aquel aristócrata amante de la ciencia y las exploraciones que recorrió Etiopía y las orillas del mar Rojo en el siglo xix. A los pies del castillo, frente a los restos de búnkers de la Segunda Guerra Mundial, brotan del océano las dos grandes muelas pétreas, las Dunbarriak: Dunba Zabala y Dunba Luzea. Contra ellas se estrellaban los barcos que quedaban a la deriva.

De este paisaje violento bajamos directamente a la sosegada línea de arena con la que termina el litoral labortano: la extensa playa hendaia-

rra de Ondarraitz. Al final del paseo nos embarcamos en el puerto de Sokoburu y atravesamos la bahía de Txingudi, desembocadura del Bidasoa, cobijo del gran puerto romano de Oiasso, barrera de agua



DATOS PRÁCTICOS

- ▶ **Inicio de Etapa:** Puerto Donibane Lohizune.
- ▶ **Final de Etapa:** Faro de Higer
- ▶ **Tiempo total:** 3 h 55 min.

atravesada por mil ejércitos, escenario flotante de bodas y pactos entre monarquías, límite en los mapas, hoy pasillo por el que cruzan turistas y paseantes de una orilla a otra.

El barco nos deja en la orilla de Hondarribia, un pueblo que conserva los rasgos de su antiguo carácter estratégico: una plaza costera crucial, gozne entre los reinos de Castilla, Navarra y Francia. Padeció asedios y guerras, pero conserva un casco fortificado notable, con el castillo de Carlos V en su cúspide, y también merece un paseo el barrio de pescadores de La Marina. Rematamos la etapa caminando hasta el faro del cabo de Higer, esa última punta que alcanzan los Pirineos antes de sumergirse en el océano.

RUTÓMETRO

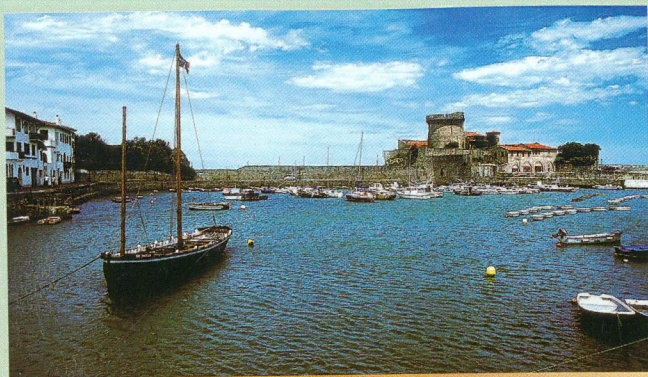
Etapa 2

0.00 Donibane Lohizune. Desde el puerto, cruzamos el puente Charles de Gaulle y entramos en Ziburu. El paseo costero nos lleva hasta la playa de Zokoa y un poco después atravesamos el río Untxin. Nada más cruzar el puente, giramos a la derecha y llegamos al puerto y al barrio pesquero de Zokoa. Podemos acercarnos al fuerte de Zokoa pero no tiene salida. Debemos salir del puerto por la avenida Passicot, girar a la derecha a la altura de la escuela Jules Ferry y tomar la calle que sube hasta el faro (no debemos confundirlo con una gran torre con radar: el faro es más pequeño y está un poco más adelante).

0.40 Faro de Zokoa. En la parte trasera del faro arranca un sendero que avanza por el borde de los acantilados. En una zona donde la línea de costa es más baja, pasamos

por la cala de Les Viviers Basques. Y en una de las calas de más adelante encontramos el gran edificio blanco y rojo del hotel Haizabía. Pasamos por delante del hotel y subimos a una colina, con campos cercados a la izquierda y un bosque de pinos, robles y helechos a la derecha. Nos asomamos a la bahía de Loia, que luce un enorme flan de piedra en el centro. Y alcanzamos el paraje de Asporotstipi.

1.15 Asporotstipi (1.55). Aquí encontramos los restos de un cargadero (postes, cables, vagonetas). Seguimos recorriendo el perímetro de la bahía de Loia, con las vistas ocultas por la vegetación, hasta que salimos a una amplia pradera muy cerca del castillo de Abbadia. Un poste de señales nos envía rectos hacia Larretxea-Maison de la Lande, pero nos desviamos a la derecha. Bajamos por la pradera y tomamos los senderos que van bordeando la punta Santa Ana, entre acantilados y ruinas de búnkers. A la izquierda vemos un



El fuerte de Zokoia vigila hoy embarcaciones de recreo.

obelisco, justo enfrente de las dos muelas pétreas que brotan del mar.

0.30 Las Gemelas (2.25). Desde el mirador sobre las Gemelas o Dunbarriak, seguimos el sendero que rodea la profunda cala de Erdiko Ura y después gira a la izquierda para llegar hasta la casa Larretxea o Maison de la Lande. Desde esta casa, el camino baja hasta un aparcamiento y luego hasta la playa hendaiarra de Ondarraitz. La recorreremos hasta el final y en la última rotonda giramos a la izquierda para entrar al puerto recreativo de Sokoburu.

0.50 Puerto de Sokoburu (3.15). Tomamos el barco (navette) que cruza la bahía de Txingudi. (Horario del barco Hendaia-Hondarribia: en invierno, de 10:15 h a 17:45 h cada media hora; en verano, hasta la 1 de la madrugada). Ya en el otro lado, en Hondarribia caminamos por el paseo costero, pasamos la playa y alcanzamos el puerto nuevo. Tomamos la carretera que sube por la izquierda (calle Lhande), junto al fuerte de San Telmo, y empalmamos con la carretera del faro. La seguimos hasta el Faro de Higer.

0.40 Faro de Higer (3.55)

